



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9480

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á editarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 8 DE JUNIO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

EX POSICION PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingartadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustrón, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE COMBA.—PUERTA DE MURCIA.

CO LABORACION INEDITA.

ALBUR DE JUEGO.

Contra mi diaria costumbre aquella noche y al dar las doce, no solo sentí deseos de entrar en mi casa, sino que encontrándome muy lejos de ella empecé á experimentar algo así como ansia de distracción, algo que interesara mi ánimo, que me impresionara haciéndome sentir; me dominaba una nostalgia de no sé qué, y tampoco sabré decir si era aquello *spleen*, fastidio ó aburrimiento; sin desear nada, todo lo deseaba.

Llegué á la puerta del Casino

entré, á los pocos pasos vi á Miguel Mendoza, mi amigo inseparable.

—¿Tienes dinero? me preguntó.—Acabo de perder cuanto tenía en la cartera, continuó diciendo, he traído esta noche consigo, algunos miles de reales, he jugado y he perdido; el condesito tallaba; me ha dejado sin un cuarto; le debo bajo mi palabra mil pesetas, no las tengo; mañana me vence un crédito y si no lo pago me ejecutarán.

Todo esto dicho así sin armonía ni concierto, me llegó al alma.

—Espérame—le dije por toda respuesta.

Sali apresuradamente del círculo y en pocos momentos estuve en mi casa; tomé de un cajón de mi mesa mis economías que guardaba religiosamente para con ellas pasar el verano cerca de mi prometida. En aquel momento sin olvidar mis proyectos de viaje, solo tuve presente el compromiso en que estaba mi amigo y la necesidad de acudir en su auxilio.

Mis economías no bastaban para lo que él necesitaba; precisaba acudir á un recurso auxiliar.

Pensé en el juego y en la suerte y sentí un escalofrío horrible por todo el cuerpo.

Cuando regresé al Casino, Miguel me esperaba paseando por uno de sus salones, exaltado y nervioso.

Juntos cenamos; al llegar á los postres pagué la cuenta y sin hablar ni una palabra del asunto, nos dirigimos ambos hacia la sala de juego.

Al lado del banquero había un puesto vacante y lo ocupé.

Al rededor de la mesa estaban sentados una porción de *puntos*, todos ellos personas conocidas y de la mejor sociedad.

Los perdidosos estaban tristes y tenían marcada en su rostro la expresión de la mayor contrariedad. En cambio los que ganaban dejaban reflejar en sus caras la mayor alegría.

Con temblorosa mano saqué del

bolsillo la cartera que contenía los billetes y puse algunos de estos delante de mí.

Relatar las peripecias del juego y mis emociones sería largo de contar; cada vez que ganaba sufría un estremamiento nervioso que ponía en conmoción todo mi ser y sonreía con el nervosismo consecuencia de aquella agitación extraña.

Así pasaron dos horas mortales; el banquero que hacía el juego cuando yo llegué, había tenido que dejar su puesto á otro; aquel se retiró dejando sus dineros á los puntos que lo habían ganado. El que le sucedió en el puesto era un *sportman* de lo más correcto.

Acerca de esto se contaban muchas y extrañas aventuras en las que dominaba la nota extravagante.

Herederero de una gran fortuna la había dilapidado rápidamente, sin saberse aprovechar de la más insignificante cantidad, dejando que sus proveedores hiciesen su agosto á costa de su indolencia administrativa y dispendiosa conducta.

Así llegó á la ruina; cuando aquella noche se sentó en el sitio del banquero no faltó quien dijese que el apuesto aristócrata iba á arriesgar sus últimos recursos.

Esto no era óbice sin embargo para que se mantuviese con la más severa corrección y serenidad.

Mi suerte siguió propicia un buen rato, tuve un cuarto de hora felicísimo; á cada postura que ganaba, el banquero me dirigía una mirada como preguntándose quién era yo que así arriesgaba sumas enormes.

Como el borracho que harto ya de vino rechaza el nuevo vaso que le ofrecen, así dejé yo la mesa de juego borracho de ganar y con repugnancia de obtener nuevas ganancias.

Todo el oro reunido así, lo entregué á Miguel Mendoza que al contarlo no pudo contener una exclamación de gozo.

La cantidad reunida superaba á su necesidad y á sus esperanzas.

Salimos juntos del casino; los primeros albores del día empezaban á eclipsar el fulgor de las estrellas.

Cuando atravesamos por la plaza de... vimos cruzar rápidamente una persona ante nosotros. Me pareció advertir que era el *sportman* que había tallado en el círculo.

No sé porqué cuando al llegar á mi casa, me acordé y quise conciliar el sueño no pude lograr un instante de reposo.

Así pasó todo el día inquieto é impaciente, sin saber porqué.

Por la tarde nos encontramos á la puerta del casino Miguel y yo.

Miguel se separó de un grupo formado por varias personas que comentaban una grave noticia.

—¿Sabes—me dijo—tu banquero de anoche el *sportman*, se ha levantado la tapa de los sesos.

Y continuó sin fijarse ya en lo dicho.

—¡Ah! ya todo está arreglado, el conde tiene su dinero y su firma ha quedado como es debido.

Me alejé de allí y por el camino iba murmurando casi inconscientemente.

—Su firma ha sido honrada y el conde ha cobrado su dinero... pero el *sportman* se ha suicidado.

No he vuelto á poner los pies en ninguna sala de juego; se me figura desde aquel día que si intento entrar en alguna, á la puerta de ella iba á encontrar el aspecto del *sportman* pidiéndome cuenta de aquel montón de monedas que le gané, que eran sus últimos recursos y que sirvieron para pagar deudas de otros.

DIONISIO MORQUECHO.

COLABORACION INEDITA

¿QUE PASA AQUÍ?

Nada, no pasa nada.

Por no pasar ni ha pasado la frontera, la partida carlista, fuerista ó lo que sea, levantada en armas al mando del sargento López, el cual sargento es un bo-

rracho según unos y un loco según otros.

Dicha partida se ha desvanecido como el humo; y aquí ha quedado un soldado herido; más allá un paisano aspeado y á la fecha de las últimas noticias, la partida de Navarra ha pasado á la historia para hacer *pendant* á aquella otra partida lllipntiense, compuesta de cuatro soldados y un cabo de oarabineros que hace algún tiempo se levantaron de buen humor, proclamaron la república en la plaza pública de un pueblo, y tomaron las de villadiego atravesando la frontera y metiéndose en Francia con armas y bagages.

Todo degenera. Antes se levantaba un general con mal humor y confeccionaba un pronunciamiento en un periquete, bien sublevando la guarnición de un plaza fuerte ó sacando al campo un par de regimientos. Con tal motivo la prensa llenaba columnas y más columnas con la biografía del jefe insurrecto y los partes que desde el teatro de la lucha enviaban al gobierno los jefes leales.

Y era de ver y sobre todo de oír como se ponían los defensores del ministerio y las oposiciones. Las palabras gordas campeaban en artículos y sueltos, en tanto que bailaban, con música de fuego granadeño, en el campo de operaciones, las fuerzas de uno y otro bando.

Algunas veces dominando el estruendo de los disparos é imponiéndose á las discusiones; ó mejor dicho, disputas periclitadas, se oía una voz, salida de cualquier parte, que anatematizaba las discordias civiles; pero era por poco rato y sus ecos se perdían en breve al reanudarse la interrumpida discusión con motivo de un nuevo encuentro entre las fuerzas beligerantes.

La algarabía, los reproches y los insultos duraban hasta medio año después de dominada la insurrección. Entonces volvía á estallar otra, por cuyo motivo, á punto de terminar la pelea periodística tomaba nueva fuerza y vigor.

Ya pasaron felizmente aquellos tiempos de sangre y esterminio y aunque aún hay quien quiere resucitar aquellos dramas y ponerlos en escena, tropieza con el inconveniente de no contar con escenario apropiado, decoraciones adecuadas y compañía apropiada.

Sin embargo, pudiera pasarse sin escenario y sin decoraciones: que al fin y